

También para ellos



Por Teresa Wilms Montt

Job era el nombre de un modesto pollino que tenía por exclusiva tarea llevar, desde el trillo al granero, las alforjas repletas de rubio trigo.

Estaba viejo el pobre Job. La carga y los palos que, sin mayor motivo, propinábale su arriero, le habían aniquilado. A pesar de todo, humilde, resignado, cumplía con su deber, pensando, allá en las tinieblas del calabazudo cerebro, que su destino era morir, las alforjas sobre el lomo, durante el cotidiano trajín.

Como la providencia es maternal y a toda cuita de su alivio, sucedió que Job fue jubilado en repentino ablandamiento sentimental del amo. Era tiempo. Catorce años de trabajo asiduo, del alba al crepúsculo, bien merecían recompensa. Job se la ganó honradamente con abundante sudor de sus costillas.

Libre ya de penurias, nuestro peludo héroe fue llevado al potrero, donde serpenteaba, cual rayo de luna, un despreocupado hilo de agua.

Verdño estaba el campo, mansa la pradera, y extendido manto de sedas flotaba en las faldas de la montaña.

Job abría grandes fosas nasales, resoplando sobre las yerbas, aspirando frescuras.

Sus orejas se movían a impulsos de graciosos gestos, que él hacía para percibir mejor las notas bulliciosas de los miles de insectos que amenizaban la gran fiesta estival.

Su hocico iba de un lado a otro, voluptuoso, mordiendo sin método toda clase de malezas sabrosas.

Por fin se regalaba a gusto después de una vida de privaciones. Entre tanto halago recordaba el infeliz de su juventud. “¿Fue acaso juventud la mía?”, se preguntaba.

Nació hermoso. El cuerpecillo cubierto de erizada piel plateada, vacilaba sobre las delgadas patas.

Largas, derechas, las orejas amenazaban tocar los cuernos de la luna. Así se lo decía su honesta madre, una paciente burra de noria, en tanto que amorosa hacía el aseo del hijo, lamiéndolo tiernamente.

Cuando Job pudo comer cáscaras de patata, corteza de melones y otras blandas cosillas, brutales los arrieros arrancáronlo de la protección materna, y sin consultar su vocación, le pusieron al trabajo.

En su joven seso, no concebía Job seres desalmados. -¿Por qué podían ellos existir si él era resignado y ante todas las vilezas doblaba su larga cabeza gris?

Pero había hombres crueles, pues él sentía que cargaban sus ancas con pesos que su cuerpecito endeble, de tierno pollino, apenas podía resistir.

Sufría mucho. Llenaban el corralón sus rebuznos adoloridos. ¿Mas quién prestaría atención a un burro?

Al cabo del primer año de trabajo, su conducta obediente llamó la atención del mayordomo de la granja, y bautizólo, irónicamente con el nombre de Job.

También recordaba el cuadrúpedo las bromas de sus compañeros de establo; amargo sabor subía a su gástrico, volviéndole incomibles las jugosas verduras.

Una noche, después de rudo trabajar, advirtió que su corazón se abría dulcemente al amor; también los asnos tienen corazón.

La silueta robusta de una hermosa yegua baya que pacía en los alrededores del establo, turbó su tranquilidad.

Espontáneo, lleno de entusiasmo acercóse el inexperto jumento al objeto de su inquietud y puso a sus patas la ofrenda de pasión. Más le valiera haber guardado su entusiasmo. ¡Infeliz Job! Como recompensa recibió un par de coces, viniendo a amargar sus recién nacidas tribulaciones, los rebuznos de insolente regocijo con que acogieron tan celebrado gesto los gznápiros del corralón.

Desde entonces, el desengañado burro escondió sus sentimientos, dedicándose a rumiarlos tristemente, mientras hacía el camino desde el trillo al granero y desde el granero al trillo. Todo a su alrededor predicábale esperanzas. La campiña luminosa, inmenso racimo de apretados trigos; los árboles donde anidan las voces del sol y de la vida, el collado quebrado en sombras, que se ofrece a las alturas celestes en holocausto de mieses aromadas.

Job no parecía oír ni gustar de nada: llevaba muerta la ilusión. Dicen los sabios que a los burros les basta un desengaño para curarse de la fantasía.

El jumento aceptaba todo. -¿Qué es la resignación sino agonía de ideales?- Así, cuando Job se encontró libre de esclavitudes, experimentó alivio y dolor.

Erale angustiosa la libertad; sentía el cuadrúpedo la melancolía de un preso que en cadenas hubiese perdido la vista.

Estaba viejo. Jamás brotaría en su corazón aquel capullito que antaño le hiciera estremecer de amor.

Vagaba ahora por sotillos y potreros, gustando sólo del alimento, como un anciano temeroso de soñar... Y sucedió que una de esas tardes de vagabundaje, vínole repentino deseo de aventura y echando pena al lomo, salió a recorrer desconocidos senderos, sin volver la vista hacia atrás.

Caminaba deteniéndose a trechos, para ramonear en uno que otro árbol del sendero que tentaba con sus deliciosos cogollos su apetito de viejo. Perezosamente recorría un trayecto que lo llevaría no sabía dónde.

Después de mucho vagar, llamó su atención un punto que azuleaba sobresaliendo de los incipientes sembrados, y que se balanceaba donairoso al soplo del viento.

¿Qué será aquello tan hermoso? – se decía Job –jamás he visto algo de igual belleza en la granja del amo.

Pausado el tranco, fuése allegando cautelosamente, temeroso de que el punto azul desapareciese.

-¿Será un pajarillo- pensaba- o será una flor?

Job tenía sus recelos al aproximarse, pues una vez quiso demostrar su gran admiración a una rosa y dióle un beso. Torpe debió ser la caricia, pues la flor, como creyéndose atacada, clavóle sin piedad en el hocico, su puñal de espinas.

Desconfiado, sigiloso, acercóse Job a la arrogante mata que mantenía erguido a los vientos el objeto azul que despertara su codicia.

Una gutural expresión de asombro escapó de su tragadero. ¿Estaría soñando? Sí, aquello era un cardo de corazón azul.

Haciendo memoria, recordó nuestro burro la superficie del aljibe que, durante el día, mostraba en su espejo igual colorido al de la flor; color que según oyó decir cierto día a su arriero, era reflejo del cielo. Y el pobrecillo Job, que no sabía de latines ni entendía de cielo, creyó que un pedazo de ese cielo había caído para formar corazón a la flor.

Obscurecía lentamente, montes y pinos destacábanse recortados en el horizonte empalidecido. La noche empezaba a encender las estrellas de su cortejo.

Job cavilaba, embebecido ante el cardo. Dura complicación albergaba en su opaco cacumen.

La cisterna quedaba lejos; ¿de qué medios se valdría para hacer la comparación entre el color de la flor y del agua, si no le era posible aproximarlas?

Nervioso husmeaba aquí y allá yerbas que no comía; su cola iba en desordenados giros sacudiendo las hojas vecinas. ¿Cómo haría él para librarse de esta curiosidad que le complicaba?

En movimientos de interrogación se le ocurrió levantar por primera vez su cabeza hacia los espacios.

Job quedó suspenso. ¡Milagro de los milagros! La bóveda era azul y estaba toda, toda florecida de cardos.

Job ya no recuerda sus tristezas, no sufre por su vida desierta.

Cuando sus semejantes, todavía esclavos, reposan bajo el techo del establo, él los abandona silenciosamente y se interna en las llanuras obscurecidas.

Allí, en medio de la quietud, alza sus ojos al cielo envolviendo en una extática mirada humana los fúlgidos cardos del campo azul.

*

“También para ellos” pertenece al volumen de cuentos *Cuentos para los hombres que son todavía niños*, por Teresa Wilms Montt; Otero & CO Impresores, Buenos Aires, 1919.



María Teresa de las Mercedes Wilms Montt, fue hija de Federico Guillermo Wilms y Brieba, y Luz Victoria Montt y Montt. Nació el 8 de septiembre de 1893, en Viña del Mar, y fue la segunda hija, de 7 mujeres.

A pesar de que se la educó para el matrimonio y la vida en la alta sociedad, desde pequeña manifestó su carácter rebelde y apasionado.

Se enamoró de Gustavo Balmaceda, con quien compartía la pasión por la ópera. Se casó contra la voluntad de su familia, cuando tenía 17 años de edad, y a raíz de este matrimonio nunca más fue recibida en la casa paterna.

La joven pareja se trasladó a Santiago, donde el carácter artístico y sensible de Teresa se vio realizado en la activa vida cultural capitalino.

Su presencia social no pasó inadvertida y su marido comenzó a sufrir el dolor de los celos. Consecuencia de ello, empezaron también

los problemas, los gritos, las peleas, los golpes y la bebida en exceso de él.

El 25 de septiembre de 1911 nació la primera hija del matrimonio Balmaceda Wilms, Elisa.

Masona y anarquista

Por razones de trabajo, la familia Balmaceda Wilms se trasladó a Iquique, donde residió entre 1912 y 1915. "Conocí lo que es para las mujeres de mi clase un misterio: la verdadera miseria material y moral... Mi alma, salió pura de la prueba, pero asqueada", diría Teresa más tarde.

Se relacionó con feministas y sindicalistas, y una pléyade de reformistas, que ejercieron influencia en ella. Adscribió al pensamiento masón y anarquista, consolidándose su espíritu librepensador.

Se inició en la política y comenzó a escribir con el seudónimo de Tebal en la prensa de Iquique.

El 2 de noviembre de 1913 nació su segunda hija, Sylvia Luz.

El convento de la Preciosa Sangre

Posteriormente los Balmaceda Wilms regresaron a Santiago. Tras un viaje, Gustavo descubrió las cartas de amor que su primo, Vicente Balmaceda Zañartu, enviaba a su esposa.

Como castigo, Teresa fue recluida el 18 de octubre de 1915, en el convento de la Preciosa Sangre y apartada de sus hijas, las que pasaron a la tutela de sus abuelos paternos.

En la soledad del convento escribió su *Diario Íntimo*, e intentó suicidarse el 29 de marzo de 1916, tomando un frasco de morfina. En esta difícil situación fue nuevamente rechazada por sus padres.

En Buenos Aires

En junio de 1916, Teresa inició un viaje sin retorno. El poeta Vicente Huidobro la ayudó a escapar del convento y abandonó Chile, embarcándose hacia Buenos Aires.

Entró al círculo intelectual de esa moderna ciudad, convirtiéndose en una de las pocas mujeres que frecuentaban la bohemia bonaerense.

Sus sueños de escritora se concretaron. En abril de 1917, cuando tenía solo 24 años, apareció su libro *Inquietudes Sentimentales* y, el mismo año, *Los Tres Cantos*. Ambos fueron elogiados por la crítica.

Se va a Nueva York

Teresa no pudo huir de una especie de sino: un joven admirador suyo, llamado Horacio, de 19 años, se suicidó debido al desaire de Teresa. Este hecho marcó, incluso, su prosa.

Se dirigió a Nueva York con el objetivo de alistarse en la Cruz Roja, y tras una dura travesía, llegó el 3 de enero de 1918 a esa ciudad. Allí fue acusada de espía alemana y enviada a prisión, lo que la hizo abandonar su objetivo. Su nuevo destino fue España.

Teresa de la Cruz

En la bohemia madrileña inició una gran amistad con los escritores Gómez de la Serna, Gómez Carrillo y el chileno Joaquín Edwards Bello, convirtiéndose además en la musa de Ramón Valle-Inclán.

En Madrid publicó *En la Quietud del Mármol*, con un prólogo de Gómez-Carrillo, y *Anuarí*, prologado por Ramón Valle-Inclán. Allí, también, tomó el seudónimo de Teresa de la Cruz.

"Mi destino es errar"

La vida itinerante de Teresa Wilms no cesó. En agosto de 1918 regresó a Buenos Aires, donde publicó la colección *Cuentos para los Hombres que son Todavía Niños* (24 de febrero de 1919).

El 10 de junio de 1919 se embarcó rumbo a Europa, arribando a Londres el 26 de junio. De ahí volvió a España, donde se reunió con sus antiguos amigos e intercambió misivas con Valle-Inclán.

Sevilla, Córdoba y Granada fueron sus nuevos destinos. Al salir de Buenos Aires, había señalado en su diario: "He huido de Argentina porque mi destino es errar".

El encuentro con sus hijas: "...unos ojos de una profundidad increíble".

En 1920, Teresa se trasladó a París, donde se enteró de que su suegro había sido nombrado en un cargo diplomático en la ciudad luz, y que viajaría hasta allí junto a sus nietas, las hijas de Teresa.

Después de 5 años de separación, pudo reencontrarse con ambas niñas. Elisa tenía casi 9 años, y Sylvia 6 años y medio "Con mi hermana y --mi mamita--, íbamos por Les Champs Elysées cuando se detuvo un taxi y nos hizo señas una mujer con una capelina negra. Nos acercamos. Yo la quedé mirando abismada de su belleza. Tenía unos ojos de una profundidad increíble. No sabía que era mi madre. Se acercó para abrazarme y me dijo: --¡Mi amor, yo soy tu mamá...!--", recordaría Sylvia después.

Teresa logró verlas dos días a la semana, gracias a las gestiones de algunos diplomáticos.

El enorme dolor de separarse de Elisa y Sylvia

Sin embargo, la felicidad duró poco; llegó el momento en que las niñas Balmaceda debían volver a Chile con sus abuelos. El dolor se apoderó de Teresa, quien decidió encerrarse en su habitación de la Avenue Montaigne.

Casi no comía, fumaba en exceso y tomaba medicamentos para adormilar sus sentidos.

Escribió en su Diario: "Me siento mal físicamente. Nunca he tributado a mi cuerpo el honor de tomar su vida en serio, por consiguiente no he de lamentar el que ella me abandone. Desnuda como nací me voy, tan ignorante de lo que en el mundo había. Sufrí y es el único bagaje que admite la barca que lleva al olvido".

En vísperas de la Navidad de 1921, Teresa tomó una alta dosis de somníferos, lo que alargó su agonía desde su ingreso al Hospital Laënnec, el 22 de diciembre, hasta su deceso el día 24, cuando tenía sólo 28 años de edad.

Datos bio-bibliográficos en:

<http://www.biografiadechile.cl/detalle.php?IdContenido=290&IdCategoria=8&IdArea=32&status=S&TituloPagina=Historia%20de%20Chile&pos=47>

También en Memoria Chilena:

<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-805.html>